
CARTA SEGUNDA.

A D. JOAQUIN CALERO.

A una de esas grandes épocas que terminan un período y empiezan otro, estáis llamados para asistir; participando á la vez de las cosas del pasado y de las del porvenir, *de los sistemas que se desploman y de las verdades que se cimentan*, tened cuidado, amigos míos, y **PONED DE PARTE DE LA SOLIDEZ, DEL PROGRESO Y DE LA LOGICA, SI NO QUEREIS SER ARRASTRADOS AL PRECIPICIO.** (“El Espiritismo en la Biblia.” Comunicación dada por el espíritu CLELIE DUPLANTIER).

Si las proposiciones de opuestos sistemas, que siempre se habían tenido como disímbolas y antagónicas, se enlazan y se armonizan con otras nuevas proposiciones, ofreciéndose un conjunto ordenado y sintético, ¿este hecho merecerá por manera alguna sarcasmos y reproches, ó bien la madura y serena reflexión de los hombres pensadores? ¿Qué, toda la labor del pensamiento humano realizada en los pasados siglos, la cual se halla condensada en los varios sistemas filosóficos, había de ser tan solo grosera ganga despreciable?

Sin duda que no.

Evidentemente que en todos y cada uno de dichos sistemas, se encuentra, junto con la despreciable gran-

za del error, el oro purísimo de la verdad. Esto vd. lo reconoce al comenzar su primer artículo crítico, pero no obstante lo cual, casi á renglón seguido, llama á mi sistema en són de sarcasmo, darwinista, espiritista, panteísta y positivista.

También, entre los magistrales preceptos que establece vd., como necesarios para el estudio de la filosofía, está el de no fanatizarse con un sistema exclusivista; y claro está que, quien ha estudiado los sistemas relacionados por vd. tomando de cada uno aquellas verdades que enlazadas con las de los otros se armonicen, no puede ser tachado de fanatismo sistemático.

Todas esas flagrantes contradicciones que se advierten en su crítica—siento decirlo, pero mi carácter tan de suyo dispuesto á exponer la verdad, sin restricción de ningún género, me obliga á ello—indican que no lo mueve á vd. el sentimiento noble de amor á la verdad, y sí el ciego amor propio y el sentimiento limitadísimo de la secta *mística-kardecista*, fanatizada y mistificada á tal punto que, así como el católico ha desvirtuado la moral evangélica, en la parte que de bueno tiene, así los espiritistas han desvirtuado las doctrinas compiladas por Allan Kardec; pues esas doctrinas aconsejan todo apartamiento del espíritu dogmático, todo prejuicio que pueda detener el progreso intelectual, y declaran terminantemente que el espiritismo es altamente progresista, QUE NO HA DADO SU ÚLTIMA PALABRA, y que por lo tanto se debe estar siempre dispuesto para alcanzar nuevos grados de progreso. Pero no obstante esto, esos buenos señores kardecistas, se han tornado dogmáticos, todo se les ha de creer por artículo de fe, no dan

un solo paso en la vía del progreso—salvo honrosísimas y muy pocas excepciones—y esperan cruzados de brazos que su progreso se haga por vía de *aporte*. También el espiritismo tenía que dar el espectáculo de los antiguos Fariseos, tan luego como en virtud del progreso se intentara reformar sus doctrinas. ¹ Pues si sus sectarios no se hallaran animados por el espíritu de presunción, si aquellos que con torpe vanidad solo pretenden conservar el nombre de maestros, aunque carezcan de títulos legítimos y positivos para merecerlo, estuvieran por el contrario animados de noble amor á la verdad, su actitud en esta vez, al aparecer mi sistema, no habría sido la del rabioso Fariseo que combate con el sofisma y con la sutileza, y sí hubiera sido la actitud serena y reposada del que, queriendo esclarecer la verdad, habría promovido sesiones para establecer la discusión.

Pero dejemos este punto asaz enojoso, acerca del cual mucho habría que decir, aunque sin provecho, pues la pasión de esos señores kardecistas místicos les haría tomar en un sentido torcido la intención con la cual expusiera mis asertos.

Pasemos por lo tanto á otro punto.

Con extraña y excepcional lógica, que no concuerda con sus magistrales preceptos, dedujo vd.: que, porque yo para combatir una sentencia deísta, clasifiqué en dos

¹ Una vez por todas hago constar que mis ataques á los kardecistas se concretan exclusivamente á los místicos, que son los que se han mostrado con aptitud verdaderamente farisaica en contra de mi sistema; pues por lo que respecta á los espíritas progresistas, antes bien les merezco agradecimiento: el Círculo Central de París, que está reconocido como el foco principal del Espiritismo, ha manifestado en la "Revue Spirite" con términos bondadosamente satisfactorios para mí, que acepta mi sistema y ha recomendado su lectura á sus abonados.

grupos á los sabios—el de los hombres amantes de la iniciativa en bien del adelantamiento, á los cuales llamo *sabios de progreso*, y el de los hombres amantes de la rutina y del *statu quo*, á los cuales llamo *sabios de estampilla*—dedujo vd. por esto, repito, que yo combatía á todos los sabios habidos y por haber, en cuanto no estuviesen de acuerdo con mi sistema. Semejante conclusión, me apena el decirlo, pero no está en afinidad con el magisterio de que hace alarde y con todos sus preceptos, principalmente con aquel que encarece la completa ausencia del amor propio. Sentiría yo en verdad que con esto hubiera dado motivo para que el público diga que se sintió vd. clasificado en el segundo grupo. Pero no, señor; de ninguna manera.

Solo una maligna cavilosidad podría sacar semejante deducción, ante la conclusión sofística de vd. Pero, á propósito de sofismas, ya veo bien claro cómo saltan á cada paso las afinidades y armonías que ofrecen el conjunto de un crítico que juega *partidas de amor propio*, aportando para ello un arsenal de severísimos y magistrales preceptos.

Digo esto por aquel juego de silogismos que combinó vd. para refutar mi aserto relativo á que la ley del progreso es causa eficiente del Universo.

Sin duda que vd. sabrá á maravilla la diferencia que existe entre la acepción que tiene el adjetivo *eficiente*, y la que corresponde al adjetivo *fundamental*; pero como parece que al ausentarse de vd. el amor propio, para juzgar fría y serenísimamente mi sistema, olvidó todo, me permitirá que se lo recuerde ahora. Dicen así los artículos respectivos del Diccionario:

EFICIENTE—adjetivo. *Dotado* de la virtud de poder obrar ó de producir un resultado ó efecto dado.

FUNDAMENTAL—adjetivo. Que sirve de fundamento ó base, de principio ó causa á alguna cosa, tanto en el sentido propio como en el figurado.

Ya verá, pues, mi ilustradísimo crítico, cómo *la ley que surge* de un *poder fundamental*, como lo es la energía unitiva inmanente á la esencia—materia ó sustancia—puede ser *causa eficiente* del Universo, en cuanto á que éste es conjunto de cosas varias, múltiples y armónicas que salen de la simplicidad y que se perfeccionan á efecto de la *virtud* que dicha ley tiene “*de poder obrar ó de producir un resultado ó efecto dado*,” sin que por ello deje de existir la *Causa Fundamental*, esto es, el *Agente Cósmico*, que es quien *dota* á la ley con las virtudes enunciadas.

Queda, pues, aniquilada la sutileza de vd. con la cual pretendió destruir mi aserto.

Tomar cavilosamente una palabra de la Introducción de mi sistema, que es un discurso preliminar en el cual no se ha entrado de lleno á las cuestiones trascendentales que después se enlazan, se apoyan y se demuestran, desconociendo ó queriendo desconocer que en el capítulo intitulado “*Origen natural del alma*,” la proposición relativa al *Agente Cósmico* se halla expuesta, no como cuestión lingüística, según vd. afirma, y sí como proposición trascendental, apoyada racional y científicamente, es un proceder dignísimo, sí, de un jugador de amor propio, mas no de quien respeta y ama los fueros de la verdad.

Y cuánto habría que decir, si el respeto no me obli-

gara á dominar la rudeza de mi estilo y de mi franqueza, para contestar á su impugnación relativa á que mi proposición del *Agente Cósmico* entraña un dogma de fe.

Aquí también olvidó vd. lo que es la racional hipótesis científica, la cual puede llegar en el terreno de la experimentación hasta el rango de un hecho comprobado, y lo que es el cándido dogma que proscribiera, *para siempre jamás*, toda demostración positiva.

También en esta vez *su buena fe* para la crítica, le hizo desatender todos los fundamentos de mi proposición, para tomar al vuelo cavilosamente la palabra *creo* que emplee al exponer mi proposición. Armado con esta palabra *funda* vd. su impugnación, con esta lógica: "Yo no quiero detenerme á examinar por qué y cómo cree vd., *señor perfeccionista*: ¿ha dicho vd. *creo*? Luego es vd. dogmático."

¡Estupendo, admirable modo de raciocinar!

Cuidado, pues, humanos incautos, séais del grupo que fuéreis: no vayáis á emplear la palabra *creo*, si no queréis que cargue sobre vosotros el epíteto de dogmáticos que os lanzará.....

¿Quién?—me preguntaréis.

¡Oh! guardad compostura que yo con tono solemne os voy á decir quién.

Quien podría tacharos de dogmáticos, es un metafísico que cree á ojo cerrado en el dogma del poder divino.

Pero, óigame vd., ilustradísimo crítico, ese *creo* que yo emplee al afirmar la existencia de un poder *natural, inmanente y progresivo*, no es el *creo* que probablemente vd. ha de profesar y el cual dice:

"*Creo en Dios Padre Todopoderoso, etc.*"

¡Todopoderoso! y no alcanza á dominar la monstruosa imperfección que abortan los elementos en la vía de su perfectibilidad, y si alcanza ahogar en fiera hecatombe á miles de infelices, ancianos, mujeres y niños, que no tienen otro delito que el haber surgido á la vida torpes é imperfectos, tímidos y abyectos; y tanto, que incensan, que veneran y que idolatran á quien suponen autor de tantas y tantísimas barbaridades.

¡Sér todo amor, todo poder y todo sabiduría, que tuvo el capricho de degenerar los soplos de su divina esencia, tornándolos viles, envidiosos, pedantes, hinchados, presuntuosos, vanidosos, soberbios!—¡Y tanto como lo somos los humanos terrestres!

Cosa singular; quienes ni perfecta ni imperfectamente hacen un impulso para salir del *statu quo*—quizá porque la excelencia de su magisterio en cuestiones filosóficas se los impide—son exigentísimos con los soberbios audaces que se atreven á hacerlo. Quieren que sus obras sean irreprochables, que envuelvan la sabiduría absoluta, y quisieran que maravillosamente condensaran toda la ciencia que sus proposiciones pudieran alcanzar en el terreno práctico durante los siglos venideros.

¿Se tienen elementos que da la ciencia actual y que la razón recoge, armoniza y combina, para dar una teoría que puede guiar hasta la observación y la experimentación satisfactoria de un hecho en lo futuro?

Pues que no se dé tal teoría. Que su autor vea cómo se libra del fenómeno de muerte: que prolongue la actual etapa de su existencia terrestre, tanto cuanto sea

necesario para que, junto con la teoría, ofrezca el hecho experimentado y rigurosamente comprobado.

Tal es la exigencia de los que, ni en el terreno de la hipótesis científica, ni en el de la teoría, ni en el de los hechos, avanzan un solo paso, y sí, hinchadísimos de vano orgullo, se pavonean en el trillado campo de la rutina, siendo quijotes para encarecer los más severos preceptos, que saben relacionar á maravilla, mas no aplicar en sus estudios.

Se creará que quienes tan exigentes se muestran pidiendo hechos, y nada más que hechos, perfectísimamente experimentados y comprobados, que quisieran se les ofreciera la energía potencial del Universo en toda su infinita síntesis, condensada en un objeto manuable, para verla de cerca, darle vueltas, analizarla y reconocerla en todas sus partes: así, poco más ó menos, como el sacerdote católico pretende hacerlo en la hostia; se creará, digo, que quienes tal cosa piden son unos eminentes experimentadores, unos Moleschott, unos Vogt, unos Burmeister, unos Büchner, unos Broussais.

Pero, ¡qué! No, señor.

Los que tan rigurosos se muestran, son furibundos metafísicos; ¹ seres maravillosos que están nutridos con puras abstracciones, hombres extraordinarios que tienen como base de sus raciocinios, no teorías, ni mucho menos hipótesis, *que estas son deleznable quimeras*. Su punto de apoyo culminante es una virtud deífica, es el

¹ Una vez por todas hago constar que distingo metafísicos de metafísicos; pues yo sé bien que entre éstos hay eminentes pensadores, que se nutrieron con los principios de su escuela, de la cual les alcanza más la forma y el tecnicismo, que el fondo trascendental de las ideas; pues sin poder ser ajenos al movimiento científico de la época, procuran, como es natural, relacionar y apoyar sus especulaciones filosóficas con la ciencia positiva.

dogma candoroso de *lo divino*. Esos buenos señores creen—con los ojos cerrados—que la causa fundamental del Universo radica en el poder de un *Mago Divino* á la par que autócrata y despótico monarca, el cual crea á sus hijos lo más imperfectos que el refinamiento de su AMOR se lo permite, para luego castigarlos cruelmente por los hechos que en derivación naturalísima de esa imperfección se produzcan.

Y ¡qué crueldad!

No tiene igual con la más refinada crueldad de los pueblos bárbaros, pues éstos son niños de teta, en cuanto á crueldades, comparados con ese Soberano Autócrata de todos los infinitos mundos.

De que este augustísimo Señor se irrita, ¡cuidado con él!

Secreta bilis hasta por los poros de su divinísima esencia, en forma de rayos, de huracán, de terremotos, de epidemias y de lluvias torrenciales: mata, ahoga, aplasta, descuartiza y aniquila á sus *queridísimos* hijos, en fieras hecatombes capaces de causarle horror á su mismísimo rival el otro *monarca del averno*.

¡Horrenda abyección!

¡Lógica monstruosa, que entraña en sus *cándidos* elementos—sí, llamémosles *cándidos*, porque el respeto impide llamarles de otro modo—en sus *cándidos* elementos encierra, ya no teorías, ya no hipótesis, ya no sofismas, ya no sutilezas, ya no absurdos! Encierra. . . . Pero no. No hay palabras para decir lo que encierra.

Y por más que con sandias argucias se trate de atenuar tanto absurdo, tanta candorosidad, tanto antagonismo y tantos y tantísimos conflictos como á la

razón ofrece la concepción primitiva y monstruosa de la causa divina, siempre ellos subsistirán. Ya sea que ese poder fantástico se represente bajo el simbolismo de Brahma, ya bajo el de Júpiter, ya bajo el de Jehová, ya bajo el del Dios cristiano, mahometano ó *espiritista*,—que es al que mi doctísimo crítico profesa culto—de todos modos él será siempre el Ser todo amor, todo sabiduría y todo perfecciones, que aborta las creaciones más imperfectas, que quebranta el orden con lo fortuito y lo monstruoso, que lanza el rayo, que asesina y que viola los fueros de la justicia humana;—que imperfectísima y calificada de mísera por la abyección de los beatos deistas,—es, sin embargo, muy superior y puede ofrecerse como modelo, ante esa monstruosa injusticia que encontramos, cuando fría y serenamente nos ponemos á buscar esa justicia divina que solo ha podido caber en la mente aterrorizada del místico.

Siempre aparecerá ante la clara luz de la razón que la concepción de *ese fantasma*, no tiene más base que la de monstruoso miedo, la de monstruosa abyección, la de monstruosa ignorancia y la de terrorífica superstición. Abundan los hombres *cándidos*, que creen les faltaría la salud, el alimento, el vestido, la fidelidad conyugal, el aire, la luz, el calor, el agua, etc., y un millón más de etcéteras, si siquiera se engendrara en su débil razón el más insignificante impulso que tendiera á examinar los fundamentos asaz lógicos que existen para negar la existencia del *mito divino*.

A ser cierta su existencia, ya podía ver la humanidad cómo se las había para destronar á semejante tirano, á semejante *monstruo*. Sí, este sí que sería un monstruo,

y no el *poder natural, inmanente y progresivo* á que he llamado *Agente Cósmico*, proposición que ha sulfurado á mi doctísimo crítico, haciéndole secretar raudales de bilis, á tal grado, que en su furor metafísico la denomina proposición monstruosa; felizmente, para calificar los devaneos de la razón extraviada á impulso de las fermentaciones que producen las pasiones desenfrenadas, está ahí el médico-legista de la opinión ilustrada, del mundo inteligente, de los sabios verdaderos,—que no á los de estampilla invoco,—para que pericialmente examinen el estado de nuestras respectivas razones. Pero cese la presumida digresión. ¡Qué quiere vd., señor mío! no á todos nos es dado poseer esa virtud sublime que vd. tiene de *ausentar* al *amor propio*, pues yo ni siquiera alcanzo eliminar el ajeno, dulcificando mi amarguísima manera de decir las cosas.

Pero, decía yo, que á ser cierta la existencia de semejante monstruo, ya podía ver la humanidad cómo se las había para destronarlo, destituyéndolo del gobierno del Mundo, por inepto, por déspota, por cruel y bárbaro. Mas, felizmente, la razón libre reconoce evidéntisimamente que ese fantasma solo ha existido y existe en la razón débil, aterrorizada y abyecta de la humanidad niña, niñería que se extiende desde el cafre hasta los místicos metafísicos, por más que á éstos su *ausente amor propio* les haga creer que han llegado á la edad adulta.

Después de citar al padre Secchi, como á uno de los que han estudiado la unidad de las fuerzas físicas, concluye vd. manifestando, aunque no de una manera franca y abierta, pero lo bastante para darse á conocer,

que es partidario de la escuela que proclama la dualidad de fuerzas: la *divina* y la física; lo cual no es extraño: lo contrario, sí sería fenomenal y estupendo.

Pero lo que sí me extraña es que vd. diga, que los *organismos persistentes* propuestos por mí, nada tienen que hacer con las fuerzas, y que no es más que una *humorada lingüística* mía, el darles un trabajo que no se toman. Aun bajo el concepto de la dualidad de fuerzas admitidas por los vitalistas, no se les podría negar trabajo á esos *organismos persistentes*; á no ser que la negación sea, así, como vd. sabe fundar sus negaciones, esto es:

¿Por qué no?— señor crítico.

Pues porque no.

Quedamos enterados é ilustradísimos.

Dice vd. que mi proposición que afirma la extinción de los tipos intermediarios entre cada uno de los que fijos quedaron en las escalas orgánicas, entraña una retrogradación, una negación de la ley de progreso; que tal hecho constituiría flojedad por parte de los tipos posteriores, con relación á los anteriores.

Si vd. hubiera empleado *esa gran fuerza de inteligencia*, que presume tener para los estudios filosóficos, al leer mi proposición relativa á que la marcha ascensional de los seres orgánicos no ofrece una progresión de común crecimiento y de razón constante, y sí de tal manera que, á mayor suma de perfección en el conjunto, hay también mayor suma de energía fecundadora, la cual engendra perfectibilidad relativa en los tipos primitivos, entonces se hubiera vd. salvado de caer en el ridículo de afirmar que el progreso es retroceso.

Estos DOGMAS (que no teorías) de doctrinas evolucionistas, se han de avenir mal, muy mal, con el incógnito sistema de vd. Probablemente en este respectó estará vd. conforme con el HECHO mosaico (que ni por *pienso* dogma) por el cual aparece que el buey con todo y cuernos, el burro con sus grandes orejas y el vanidoso pavo con sus esmaltadas plumas, brotaron instantáneamente al supremo mandato del *divino mago*.

Esto sí que es racional, lógico, muy lógico; y no esas tonterías de evolucionismo con que nos vienen ahora esos presumidillos darwinistas.

Tachar de retrógrado un hecho que para todo buen criterio indica progreso, no tiene nombre.

Su lógica de vd. en este sentido es la misma que resultaría de este modo de raciocinar.

Los hombres de la *edad de piedra*, con inmensa dificultad descubrieron la manera de aprovechar el sílice para sus primitivos usos en la industria; y los hombres del siglo XIX tienen un arsenal inmenso de instrumentos de labranza, de arte y de industria, que no les cuesta gran trabajo obtener, puesto que las máquinas de las grandes fábricas los elaboran en cantidades prodigiosas. Pues esto es signo de retrogradación, según la lógica de vd.

Los hombres del presente siglo, son más flojos y más atrasados que los hombres de la *edad de piedra*.

¡Oh! ilustrísimo crítico.

¿Qué, será posible que el prejuicio le ciegue á vd. tanto que no advierta cómo la rigurosa unidad de origen lo explica todo de una manera lógica, á diferencia de tantos y tantísimos conflictos como surgen con la

dualidad de fuerzas, divinas y físicas, lo cual deja constantemente hondísimos vacíos, "abismos insondables," como vd. dice?

Y ahora sí que la razón se detiene para contemplar cuántas sutilezas, cuántos sofismas, cuántos absurdos y cuántas inconsecuencias á sus magistrales preceptos le hizo cometer el olvido de aplicarse, con respecto á la eliminación del *amor propio*, aquel proverbio que dice: "El buen juez por su casa empieza."



CARTA TERCERA

A D. JOAQUIN CALERO.

Muy difícil resulta reconocer la verdad entre tantos sistemas monstruosos, mantenidos por las causas que los producen; es decir, por las supersticiones, por los gobiernos, y por la mala filosofía. Los errores, asaz enlazados entre sí, defiéndense mutuamente. En vano combatiríanse algunos: sería preciso destruirlos todos á la vez; es decir, necesitaríase cambiar de repente todos los hábitos del humano espíritu. Pero estos hábitos resultan demasiado inveterados: las pasiones que nos ciegan los alimentan; y si, por casualidad, existen algunos hombres capaces de abrir los ojos, son demasiado débiles para corregir nada.

(CONDILLAC.—*Lógica*).

Cuando escribía mi *Sistema Perfeccionista*, puede estar seguro mi ilustradísimo crítico, que no tuve presente su muy respetable y honorabilísima individualidad; por tanto, cuando combatía yo á místicos, á metafísicos y á materialistas, no creía que vd. pudiera darse por aludido, vistiendo el proverbial saco. Más aún; cuando por indicación de un amigo de vd., que lo es también mío, tuve el honor de dedicarle un ejemplar de mi obra, desconocía completamente cuáles eran las ideas filosóficas de vd., las cuales solo me fueron conocidas con motivo de los "Artículos Críticos" que me ha enderezado.